

ct

Trilogía del desarraigo

de
Luis Quinteros

(fragmento)

*Hay un único lugar
donde ayer y hoy se encuentran
y se reconocen y se abrazan.
Ese lugar es mañana.*

Eduardo Galeano

Esta obra está dedicada a Natalia Martínez Moya, Isabel Sala, Jimena Kroucco, Isabel Serrano, Marta Payo y Viviana Grandinetti, actrices y/o dramaturgas de Argentina y España, que me brindaron toda su sabiduría leyendo el texto y aportando sus puntos de vista.

A través de ellas, extiendo la dedicatoria a todas las mujeres, sobre todo las cercanas, que luchan y accionan, día a día, contra los prejuicios y los supuestos que aplanan y simplifican la complejidad de sus vidas.

A mi madre, a mis abuelas, a mis hermanas, a todas ellas.

“Juana”

Primera parte

Maternidad

Salón sencillo de un departamento de Buenos Aires, sobre el fondo hay dos ventanas pequeñas de un piso alto. A través de los cristales, que permanecen cerrados, entran los primeros rayos del sol de una mañana de invierno. Entre una ventana y otra, hay una mesa alta, sobre ella se ve un viejo teléfono en color gris de Entel. Junto al teléfono hay un portarretrato de gran tamaño, con una foto de Ana a la edad de dieciocho años. En la pared, sobre el teléfono, hay un reloj antiguo con péndulo que marca las ocho horas y quince minutos.

Hacia un costado y otro del salón se ven dos escapes, uno da hacia fuera de la casa y el otro, hacia los demás ambientes del departamento.

En el ambiente, se ven muebles, objetos y aparatos electrónicos de distintas épocas. En el centro hay un sillón de la década del sesenta, junto al sillón hay un tubo de oxígeno con su correspondiente mascarilla. Abajo, en el suelo, hay una palangana de plástico.

Hacia un costado del salón, hay una mesa pequeña con cuatro sillas de la década del setenta. Sobre la mesa hay una jarra de plástico transparente con agua. Frente a la mesa hay un televisor de la década del ochenta apoyado sobre una mesa metálica con ruedas. Sobre el televisor, hay una radio a baterías de gran tamaño.

Hacia el costado opuesto hay una silla mecedora con almohadones y una canasta de mimbre en el suelo, de la que salen asomadas agujas de tejer y ovillos de lana.

Detrás de la mecedora se llega a ver una maleta con ruedas de color rosado.

Juana está recostada en el sillón, cubierta con una manta. Ella habla dormida, en sus parlamentos se evidencia una fatiga respiratoria que va en aumento.

JUANA

Antes de morir, se recuerda toda la vida en una película acelerada, hacia atrás, eso dicen. Yo vuelvo a mi casa, a la cocina de mi madre, al aroma del fuego, al olor del pan recién horneado. A la lucha, a mis compañeras de lucha. Cruzo el océano volando por sobre las olas, llego a mi pueblo. Nunca más he vuelto, lo recuerdo tal cual lo dejé.

Esa tierra debería cubrir mi cuerpo, debajo de esa pradera verde deberían mis huesos descansar. No me interesan las lápidas, ni los nombres, ni las necrológicas. Nadie leerá en el periódico de mañana el anuncio de mi muerte.

Después del hambre, de la miseria, las torturas, las vejaciones, mi cuerpo como un esqueleto salió a la calle, a una cárcel mayor. Hambre, fin de la guerra, España llora en un duro invierno.

No quiero patatas, no quiero lentejas, tengo una náusea espantosa, se me paralizan los órganos, igual que con la picana.

Juana se despierta exaltada, sus ojos quedan petrificados y llorosos. A medida que canta “Joven guardia”, el Himno de la UJCE (Unión de las Juventudes Comunistas Españolas), se para sobre el sillón tomándose del espaldar. Se la ve vestida con bata y medias de invierno.

JUANA

(Canta)

Somos la joven guardia
que va forjando el porvenir.
Nos templó la miseria,
sabremos vencer o morir.
Noble es la causa de librar
al hombre de su esclavitud.
Quizá el camino hay que regar
con sangre de la juventud.
Joven guardia,
joven guardia...

Ingresa Sofía con urgencia, se la ve vestida con ropa de invierno de la década del noventa.

SOFÍA

Abuela, abuela, el agua está a punto de hervir ¿Debo dejar que hierva? ¿¡Qué haces ahí arriba!? ¿Te has vuelto loca? Si te caes, te romperás los huesos, es lo último que te falta.

*Sofía ayuda a Juana a bajar del sillón y la acomoda para que se siente.
Juana no deja de hablar con sus interlocutores imaginarios y no registra la presencia de Sofía.*

JUANA

Con quince años, luché por la igualdad, por nosotras las mujeres. Fusilaron a mi padre y a mi hermano, como al poeta, sus cuerpos nunca aparecieron. No hay tumbas. Es como vivir un luto interminable. Pobre mi madre, de pena murió, y en la miseria, nos quitaron todo. Nuestro entorno debía expiar el pecado de algunos.

Sofía sale apresuradamente.

Doce años presa, era la más pequeña de todas, mis compañeras me cuidaban porque yo no paraba de llorar.

Hacinadas, sucias, hambrientas, durante años solo tuvimos nuestra compañía.
Para ellos éramos tercas, mulas, putas, comunistas, rojas.

*Se escucha un grito y luego un sonido metálico contra el suelo.
Sofía vuelve con la mano derecha cubierta con una servilleta y sus ojos llenos de lágrimas.*

SOFÍA

Abuela, me he quemado con la pava.

JUANA

Pretendían sacarnos fotos para la propaganda del régimen, para mostrar el “buen trato” que recibíamos. Ese día, el de las fotos, nos daban agua limpia y jabón, para que estuviésemos

presentables.

SOFÍA

Abuela...

JUANA

Nosotras nos tomamos de las manos y miramos con odio a la cámara, quisimos dejar la marca en la historia, la huella en la retina.

Juana se pone de pie con dificultad, Sofía la ayuda. Juana toma la palangana que yace en el suelo junto al tubo de oxígeno y la lleva hasta la mesa, vierte dentro el agua de la jarra de plástico que se encuentra ahí. Sofía la sigue intuitivamente. Juana nunca deja de hablar respirando con dificultad.

Mirad las fotos, seguid nuestra mirada y encontrareis el testimonio de lo que pasó. Revisad las fotos, buscad en los detalles, son ficciones, son falsas. Mirad nuestros pómulos prominentes, no es el maquillaje, no es la marca de la juventud, es el esqueleto del hambre. Que no os engañe el carmín de nuestros labios, pues detrás de las bocas carnosas hay una lengua sedienta y una saliva pastosa y hambrienta.

Juana toma la mano quemada de Sofía, le quita la servilleta de tela y la sumerge en el agua de la palangana, sus acciones son amorosas, continúa hablando.

(A Sofía)

Mientras los hombres iban al frente de batalla, muchas mujeres nos quedábamos en la retaguardia haciendo todas las tareas. Ese ha sido el único gesto marital que he tenido en mi vida, para con los hombres de la República. He zurcido y tejido, he cocinado para los que salían a luchar al frente, he curado las heridas de los que volvían.

Silencio.

Juana se abstrae y quita sus manos del agua.

Era solo una niña, me arrastraron de un lugar a otro. Primero a la Dirección General de Seguridad, sótano, interrogatorios brutales, marcas en mi cuerpo “Te llevamos a diligencias” te decían, la ropa hecha jirones, llena de sangre, desnuda, completamente desnuda, el pudor salía corriendo con el primer bofetón... ¡Que yo no sé nada! ¡Que yo no hice nada!... No tengo que desfallecer, que esto no le pase a otra compañera, resistir, resistir, resistir. Ya estoy inconsciente, pasé la barrera, mi cuerpo pasó el límite, ya no me pertenece. El dolor físico, el dolor de las palabras. Me insultan, me menosprecian, intentan que pierda mi autoestima.

Juana se seca las manos pasándolas por su cabello.

(A Sofía) Me dejaron rapadita, bien rapadita, pelona, mi pelo negro como el tuyo, rizado, abundante, en el suelo quedó desparramado.

Una mujer pelada ¡Qué tragedia! ¡Que se detengan los coches en Madrid, que esto no puede estar pasando!

Había que estar bajo la vigilancia del hombre, había que sobrevivir a eso. Imagínate tú, estar a

merced de la implacabilidad de los represores al servicio del régimen.

Juana se abstrae mientras recoge su cabello.

Ya vas a ver, mirad a ese, qué guapo ¿Verdad? Ahora verás cómo vuelve, echando sangre por todos lados ¿Lo has visto? Pero no te preocupes, ahora verás que vuelve, lo volverás a ver como si no hubiese pasado nada... Ahí viene, bien lavadito y bien muertecito.

Silencio.

(A Sofía) Si sobrevivías a las diligencias, te llevaban a los penales de España, para tu juicio o consejo de guerra, sin abogados, con testigos y acusaciones falsas, llegaba la condena y las rejas. En la cárcel, nos tomamos la cabeza y nos echamos a reír como tontas, todas pelonas, nos tiramos al suelo de la risa. Éramos muy jóvenes. Cuando entras y las rejas se cierran, ese sonido te hinca los músculos y los pies se te crispan. No había comida en las cárceles, no había comida en España.

Silencio.

Juana se abstrae. Se quita la bata y la deja caer. Se la ve en camisón de invierno.

Noche de saca, los fusilados se amontonan en los paredones de los cementerios de España. El espíritu de libertad de las mujeres republicanas debía ser destruido, como a las trece rosas, pobrecillas, ni la juventud evitó su fusilamiento. En las guerras civiles, las mujeres somos más fuertes, pero también somos nosotras las que más sufrimos. (A Sofía) Hemos comido nuestras cartas, antes de los cacheos, rompíamos las cartas en pedazos pequeños y todas las compañeras ayudaban comiéndose un poco cada una. Mis compañeras de lucha, cuánto las he echado de menos. Lo que se recibía de afuera, era del grupo, se compartía. Si alguna no recibía nada, juntábamos entre todas un poco y se lo dábamos. No pudieron acallarnos, no pudieron extirpar nuestro pensamiento, estábamos juntas, manteníamos charlas en voz baja, para que no nos escuchen. En esos momentos, entre susurros, me sentía libre dentro de las rejas.

Silencio.

Solo se escucha el silbido del pecho de Juana.

SOFÍA

Abuela, te agitas demasiado. No te fatigues más. No deberías desabrigarte.

Sofía le coloca la bata a su abuela.

Juana vuelve en sí. Está confundida.

JUANA

¿Me has traído el mate hija?

SOFÍA

Está en la cocina, no sé cómo se prepara, no sé si lo he hecho bien.

¿Con quién hablabas? ¿Con quiénes?

JUANA

Con nadie, solo pensaba en voz alta.

SOFÍA

La enfermera ya está por llegar ¿Te duele?

JUANA

Me duele mucho, el corazón me duele, Ana.

SOFÍA

Soy Sofía, tu nieta.

JUANA

¿Qué he dicho? Sofía, mi pequeña Sofía... mi única nieta. Hemos reducido a esta familia a nosotras.

SOFÍA

¿No quieres hablar con mi madre? Podemos llamarla más tarde, cuando regrese de su trabajo.

JUANA

No tengo nada para decirle. Ya todo se lo he dicho el día de su partida.

SOFÍA

Pero abuela, siempre quedan cosas por decir ¿Cómo puede ser que no tengas ganas de hablar con ella?

Juana se sienta en el sillón.

JUANA

Pero si hablamos todas las semanas.

SOFÍA

Conversan todas las semanas. Yo me refiero a hablar de cosas importantes.

JUANA

Por favor hija mía, alcánzame el tejido.

Juana señala hacia la canasta de mimbre que yace junto a la mecedora. Sofía accede al pedido de su abuela y le alcanza un tejido de lana rosada, en proceso.

SOFÍA

He encontrado fotos de mi madre, en su cuarto, también he mirado sus libros, su ropa, sus discos. Todo está en su lugar, como si viviese aquí.

JUANA

Ahí quedó todo, nunca pidió que le envíe sus cosas, nunca volvió a por ellas.

SOFÍA

He visto sus fotos a mi edad. Es verdad que nos parecemos.

Juana teje los últimos puntos de su tejido.

JUANA

Me va a faltar lana de color rosado ¿Tú me puedes comprar?

SOFÍA

Pero es que no conozco la ciudad.

Sofía se dirige hacia la maleta rosada, la toma y la traslada hacia el otro extremo donde está el acceso a los dormitorios.

JUANA

Estamos en pleno barrio de Once, preguntando encontrarás una tienda de lana sin ningún problema. Si te pierdes, preguntas cómo llegar a la calle Pasteur y luego ya conoces el edificio ¿Me comprarás lana?

SOFÍA

Es que no puedo dejarte sola y esta enfermera que no llega. Debo deshacer las maletas, no he podido hacerlo en toda la semana ¿Para qué quieres lana rosada?

Juana se abstrae, sus ojos se ven vidriosos.

SOFÍA

Abuela ¿Te encuentras bien?

JUANA

La mantilla ya está lista. Aquí tienes, para Sofía (*Sofía recibe la mantilla que le entrega Juana*) Necesito más lana, hija. Quiero tejer un vestido para mi nieta, un vestido rosado que haga combinación con la mantilla. Son muy prácticos y abrigados, justo para estos días tan fríos que se avecinan. Es una niña preciosa, Ana y el nombre que has elegido no puede ser mejor. Sofía, quiere decir sabiduría, a ella le tocará saberlo todo.

SOFÍA

¡Abuela!... nada.

Juana se queda pensativa, confundida.

Silencio.

Sofía mira la mantilla rosada que tiene entre las manos y luego busca la mirada de su abuela. Juana hace contacto con la mirada de Sofía, la vuelve a reconocer. Sofía escucha e intenta comprenderla.

JUANA

De todos los momentos que recuerdo de mi vida, el día de vuestra partida es el que más se repite, una y otra vez pasa por mi cabeza como una película interminable. Algunas veces, es tan real que tengo la sensación de volver a vivirlo. He quedado prendida a ese momento, pero sabiendo lo que ha ocurrido en estos dieciocho años. Todos los días, a las nueve y cincuenta, me vuelvo a despedir de vosotras, las veo saliendo por esa puerta (*Señala hacia la puerta que da a la calle*)... Ayer, antes de que saliera, estuve a punto de detener a tu madre para decirle lo que callé, pero otra vez no pude. El reloj quedó detenido, el péndulo se detuvo cuando salisteis por esa puerta.

SOFÍA

Más tarde podríamos hablar con mamá, cuando pasen unas horas. Es decir, yo marcaré el número y vosotras podréis hablar todo lo que quieran.

JUANA

Las despedidas siempre me han costado mucho, aunque quiera demostrar lo contrario.

SOFÍA

¿No quieres un boli y un papel? Así le escribes una carta diciéndole todo lo que quieras, yo misma podría entregársela.

JUANA

Le dije todo cuando me despedí aquel día, el de la explosión.

SOFÍA

¿Qué explosión?

JUANA

El día que salisteis para el aeropuerto casi les pilla una explosión en la calle, eran días movidos. Es el recuerdo que se repite todos los días, a lo mejor hoy sea la última vez, la definitiva, antes de partir ¿Tú crees que podré decir todo lo que no dije? ¿Me ayudarás a despedirme?

Sofía no sabe qué responder.

El día que Ana se fue, solo cargaba una maleta mediana de color rosado y te llevaba a ti, envuelta en una mantilla que yo misma tejí, también de color rosado. Siempre le ha gustado ese color, mi niña ha sido siempre muy romántica.

SOFÍA

Esa mantilla está en Madrid sobre el respaldo de un sofá.

Sofía mira la mantilla rosada que tiene entre sus manos.

JUANA

¿Me lo dices en serio?

Sofía asiente, sonriendo.

JUANA

Yo la besé en la boca, porque era mi hija y también a ti te besé en la boca, porque eras mi nieta. Los besos en la mejilla y los abrazos, no eran suficientes para esa despedida. En algún lugar de mi corazón sabía que no las volvería a ver. No las he vuelto a ver. Nunca pude acunarte.

Sofía trata de cambiar el rumbo de la conversación.

SOFÍA

Bueno aquí me tienes, aquí estoy (*Sofía se acerca a Juana para abrazarla*)
Se te ve muy agitada abuela ¿Por qué no te sientas en la mecedora? Así estarás más erguida.

JUANA

Me da miedo, temo que me acune para siempre.

SOFÍA

¿Qué dices?

*Juana se queda pensativa, confundida.
Silencio.*

JUANA

Así de vieja como estoy, igual me aferro a la poca vida que me queda. Cuando me siente ahí, ya no me levantaré. Anita de mi corazón, cuantos años sin verte ¡Ven a darle un abrazo a tu madre!

Sofía, un poco desconcertada, abraza a su abuela acunándola. Juana canta en susurros hasta que se queda dormida.

Somos la joven guardia
que va forjando el porvenir.
Nos templó la miseria,
sabremos vencer o morir.
Noble es la causa de librar
al hombre de su esclavitud.
Quizá el camino hay que regar.
con sangre de la juventud.
Joven guardia,
joven guardia.

Suena el teléfono, Sofía corre a atenderlo para evitar que el ruido despierte a su abuela.

SOFÍA

¡Diga!... ¡Rosa! ¿Qué ha pasado?... Son más de las ocho, le toca su dosis, está demasiado agitada... Ahora duerme... ¿Qué? Pero debe recibir su medicación... Es que no sé cómo hacerlo. No voy a llamar a nadie. Oiga, usted debería estar aquí, para eso la hemos contratado. Por favor Rosa, venga cuanto antes. Cuanto antes. Ya no quiero escucharla, voy a colgar. Dese prisa.

Sofía cuelga. A los pocos segundos el teléfono vuelve a sonar.

SOFÍA

¡Cuanto antes le he dicho Rosa! Que no puede esperar... ¡Ah eres tú! ... Se ha retrasado... Ya llegará. Mamá no me presiones, que tengo muchas cosas... Todo en orden... Aquí está, dormida en el sillón. Respira con dificultad, pero no quiere usar el oxígeno... No ha querido permanecer en el hospital, los médicos no autorizaban su salida. La abuela es terca como tú... Perdone, no he querido decir eso. La abuela insistió tanto que finalmente la dejaron venir a su casa... Nada de lo que tú esperas escuchar... Nada mamá, no quiero decir nada. Bueno sí, ella habla con distintas personas, o habla sola mejor dicho, de su época de republicana, ha quedado prendida a ese tiempo. No para de hablar, yo he intentado distraerla con otras cosas pero ella vuelve a lo mismo, casi no duerme... No te creas, es un poco caótico, duerme a deshoras. Ahora está dormida, pero no pegó ojo en toda la noche. No quiere estar en su cama, así que estoy por detrás de ella, abrigándola. El frío te cala los huesos... ¿La ola de calor continúa? Ya no debería hacer tanto calor... Aquí hace un frío que pela... Casi no he podido salir, mis maletas están intactas, sin deshacer aún. Estoy todo el tiempo haciéndole compañía...

Mamá, yo creo que deberías venir. No está muy bien, el médico ha dicho que son sus últimos momentos y tú deberías estar aquí con ella. Todo el tiempo me está confundiendo contigo. Ya no sé qué hacer...

¿Te has mudado ya?... ¿Te encuentras cerca de Atocha como querías?... Como tú querías... Sí, ya lo sé. Me he puesto a revisar tus cosas: fotos, ropa, libros. Estoy descubriéndote. Hay unos marcos en la pared con unas fotos tuyas con papá, lindísimas, se los ve muy felices... Fotos muy naturales y espontáneas, frescas diría yo... Estuve leyendo vuestras cartas... Ya, me lo has explicado muchas veces, he crecido sabiendo tus razones y he aprendido a comprenderte, pero estoy en tu casa, con la abuela, a quien no conocía, te pido que me comprendas tú a mí... Bueno, debo colgar, no quiero que la abuela escuche. Adiós mamá.

Sofía se acerca a Juana que permanece dormida en el sofá.

La nieta observa con detenimiento como su abuela respira con dificultad.

Sofía mira la hora en el reloj antiguo de pared, compara la hora con su reloj

pulsera. Recorre el salón sin saber qué hacer, enciende el televisor y pasa los canales desde el propio aparato, luego lo apaga. Posteriormente enciende la radio que queda transmitiendo a bajo volumen, un programa de noticias de Buenos Aires.

Sofía toma la mantilla que antes le entregó Juana y la coloca sobre la maleta rosada, luego sale del salón por el acceso a los dormitorios.

El reloj antiguo de pared adelanta hasta las nueve.

Destete

La luz del sol, que entra por la ventana, aumenta su intensidad. La mañana fría de invierno se va instalando poco a poco.

El reloj antiguo de pared adelanta hasta las nueve horas y treinta minutos.

Sofía ingresa vestida con ropa y accesorios de la década del setenta, es la ropa de Ana. Se compara con la foto de su madre, que está junto al teléfono. En esa imagen, Ana lleva puesto el mismo atuendo.

Sofía toma la mantilla rosada, que ha quedado sobre la maleta y la acuna como si fuese un bebé.

La radio suena con un volumen bajo, se alcanza a entender el pronóstico del tiempo, del clima frío de Buenos Aires y la fecha, dieciocho de julio de mil novecientos noventa y cuatro.

Sofía apaga la radio, esto despierta a Juana.

JUANA

¿Qué pasa? (Juana mira sorprendida a Sofía vestida de Ana) ¿Qué haces?

SOFÍA

Perdona que haya cogido la ropa, hace días que estoy tentada a hacerlo.

JUANA

No puedes llevar mucho, eso puede llamar la atención, solo una maleta ¿Recuerdas todo lo que te dije?

SOFÍA

¿Qué cosa abuela?

JUANA

¿Abuela? No podré acunarla. Háblale de mí siempre. Dile que nunca dejé de luchar.

SOFÍA

Pero, si es que....

JUANA

No digas nada y escúchame que hay poco tiempo. Dirás que debes ir a Madrid por cuestiones de herencia, los documentos que te di lo certifican. Diles que yo estoy imposibilitada de viajar y tú eres mi única hija.

SOFÍA

¿Qué me dices?

JUANA

Lo que oyes, cuando llegues a Madrid, busca a las personas que he anotado en la lista, ellos te

ayudarán.

Sofía se queda descolocada.

¿Has oído?

SOFÍA

Si... mamá, escuché (*Mira la mantilla vacía que lleva entre sus brazos*) ¿Quieres...? ¿Querés cargar a Sofía por última vez?

JUANA

(*Sin poder mirar la mantilla*) No me lo pongas más difícil, Ana. Lamento mucho no haber podido tejer el vestido rosado para la niña, me he quedado sin lana y todo este jaleo no me ha dado tiempo de comprar. Lo siento hija.

SOFÍA

Deberíamos escuchar las noticias ¿Puedes encender la radio?

JUANA

No, no quiero escuchar más. La noticia del veinticuatro de marzo me ha sacudido la cabeza, por más que intento olvidar, esas palabras se repiten en mis oídos, no se borrarán nunca: Se comunica a la población que a partir de la fecha, el país se encuentra bajo el control operacional de la Junta Militar, se recomienda a todos los habitantes el estricto acatamiento a las disposiciones y directivas que emanen de autoridad militar, de seguridad o policial, así como extremar el cuidado en evitar acciones y actitudes individuales o de grupo que puedan exigir la intervención drástica del personal en operaciones, firmado Jorge Rafael Videla, teniente general, comandante general del ejército.

Silencio.

Esas palabras metálicas son como los cerrojos de las rejas, hielan la sangre.

Ana, las noticias anuncian la tragedia, todos los días aparecen cuerpos. Debes partir cuanto antes, mientras más demores, habrá menos posibilidades. Están por todos lados, deben haber caído muchos de los compañeros de... Tu nombre puede salir en los interrogatorios, si es así, no me extrañaría que vengan a buscarte, de un momento a otro, por aquí.

Sofía camina de un lado a otro sin saber qué hacer.

No me importa, que vengan, no les temo a esas marionetas y tampoco le tengo miedo a los que las mueven. A mí no me atemorizarán sin más.

Sofía sigue el juego usando palabras conocidas.

SOFÍA

Quiero esperarlo, quiero que Sofía tenga un padre, me siento muy débil para irme yo sola.

JUANA

Ay hija mía, tú sabes que no volverá.

SOFÍA

No estoy segura mamá, debería quedarme y buscarlo, debería reclamar y denunciar, que me digan en dónde está.

JUANA

No volverá hija, no volverá. Yo sé de qué te hablo. Se ha desencadenado una masacre que no se detendrá, en mi país murieron miles y yo casi estuve a punto de...

SOFÍA

Él siempre decía que muchos morirían para que se produzca el cambio, que en la lucha es lo que tiene que suceder. Yo lo amo más por eso, pero ahora me siento destruida.

JUANA

Tienes entre tus brazos la razón que hará que sigas adelante. Sentirás culpa por marcharte pero tienes que pensar que nosotras somos mujeres solas, no tenemos a nadie y tú has tenido una niña que debes criar. Sigue tu instinto, cualquier animal, cualquier bestia, protegería a su cría contra cualquier peligro, cualquier madre se interpondría entre la bala y su hijo.

Sofía continúa la representación y dobla la apuesta.

SOFÍA

¿Por qué no te vienes conmigo? Tú tienes... vos tenés pasaporte español. Por favor mamá.

JUANA

Ya ha de estar vencido...

SOFÍA

No mamá, lo renuevas cada vez que está a punto de caducar.

JUANA

No tengo dinero para el billete...

SOFÍA

Sí que tenés, me lo diste todo a mí, alcanza para tu pasaje...

JUANA

Ese dinero es para ella (*Señala la mantilla que Sofía tiene entre sus brazos*)

SOFÍA

Voy a necesitar de ti... de vos, allá tan lejos, en un país que no conozco, yo sola, con una niña recién nacida.

JUANA

Así llegué yo aquí, sola, en mi vientre te traía a ti. Me prometí que no volvería, que esta tierra sería tu lugar en el mundo. Quería alejarte del horror del régimen, que crecieras en un mundo mejor. Me importó más mi causa personal, por única vez pensé en mí, por ti. Y aquí naciste. Ahora te irás, para que tu niña crezca en un lugar mejor. Y quiero que me prometas algo...

Sofía no sabe que responder...

JUANA

Quiero que me prometas que nunca volverás. Por más que te lo pida, por más que te de culpa, por más que echés de menos tu ciudad, tu país, quiero que me prometas que nunca volverás.

SOFÍA

No lo sé, no puedo saberlo ahora. No sé si voy a poder ser tan fuerte como tú... como vos.

JUANA

Podrás. Prométemelo. Ana, aunque me muera de pena, aunque no sepa que será de mí sin ustedes, no quiero que vuelvas. Quiero que encuentres un lugar para Sofía, que lo construyas para ella. Te dolerá, extrañarás y siempre querrás volver.

SOFÍA

Estoy destrozada mamá. Sin el papá de Sofía, no puedo vivir en este país, me mataron la mitad, pero irme así de repente ¿Qué voy a hacer ahora?

JUANA

Luchar, por ella. Te llevas lo mejor que puede darte la vida, una hija, concebida con el amor de tu compañero. Sé que no quieres partir, pero lo tienes que hacer por tu hija, porque ella es el futuro, ella es mañana.

No quiero que te maten, no quiero que pases por los tormentos por los que yo he pasado. Conoces las cicatrices de mi cuerpo, las has visto. No quiero que vivas en un régimen, yo no pude, no podía permitir que tú nacieras ahí. Estaba sola, como tú ahora, sé fuerte.

Sofía sigue aumentando la apuesta.

SOFÍA

¿Y mi padre? ¿Ahora podré buscarlo mamá?

JUANA

¿Qué dices? No me lastimes más hija mía, ya no puedo con mi dolor.

SOFÍA

Ahora es el momento de buscarlo, mamá. Necesito completarme. Siempre te voy a agradecer por la vida que me diste, por los valores que me enseñaste. He respetado todas tus decisiones, no te juzgo... como vos me enseñaste. Es lo único que te pido, es lo último.

JUANA

Me pides algo imposible. Por favor, no quiero dañarte.

SOFÍA

La verdad no puede dañarme.

JUANA

Se está haciendo demasiado tarde Ana, debes estar con tiempo en el aeropuerto. Habrá controles por

todos lados, vete de una vez hazlo por Sofia, yo lo hice por ti.

Sofía se dispone a salir, se dirige hacia la maleta y la traslada hasta la salida de la casa.

El reloj marca las nueve horas y cuarenta y cinco minutos.

La voz de Juana detiene a Sofía.

JUANA

Tu padre murió, apenas me embaracé de ti, yo acababa de salir de la cárcel y estaba completamente sola, él también. Fueron demasiados años de sometimiento y torturas. Había que salir a la calle y vivir bajo el régimen. Tu padre...

SOFÍA

Eso es lo que me dijiste siempre, pero yo sé que no es toda la verdad.

JUANA

Ya casi no queda tiempo, Ana. Te diré toda la verdad. Luego te irás prométemelo (*Sofía asiente con la cabeza*) Cuando salí de la cárcel estaba sola, no tenía a dónde ir, mi casa ya no existía, toda mi familia había muerto, mis tías no iban a recibirme porque nunca acordaron con la militancia de mi padre por quien me uní en la lucha. Yo y toda mi familia éramos culpables de romper el orden de la sociedad, debía cargar con esa culpa, sola, en la calle, en pleno régimen, débil, mal alimentada, deambulando, buscando quien pudiese echarme una mano... Ese día lo vi a él, a tu padre, un joven en las mismas condiciones que yo, parecíamos dos ancianos jóvenes, dos esqueletos, nos unimos casi sin decir palabra alguna, buscábamos amor, caricias, abrazos, después de tanto horror, necesitábamos uniros a la vida. Luego de hacer el amor, nos quedamos abrazados durante horas, tras lo cual, él se puso de pie y se marchó, yo no quise detenerlo, no quise decir nada. No supe su nombre, no supe su historia, pero era evidente que las cicatrices en sus brazos y en su espalda habían sido producidas por las mismas manos que sellaron las marcas en mi piel. Me sentía tan llena de vida, Ana. Todo mi cuerpo cobró un impulso vital que había olvidado. Continué deambulando, reportándome todas las semanas, porque si no lo hacía me meterían de nuevo a la cárcel. No tenía trabajo, nadie quería dármele, en algunas ocasiones hacía chapuzas de limpieza hasta muy tarde por la noche y volvía a la pensión sola, por la calle. Una noche presencié un fusilamiento, me escondí tirándome al suelo, hasta ese momento creía que las ejecuciones habían terminado, pero no...continuaban y recordé los disparos que durante doce años escuché mientras estuve presa, esas explosiones han perforado mis oídos y maldecido mi memoria. No lo pude soportar, algo me decía que no se iban a detener, me tomé el vientre con las dos manos y la vida se manifestó dentro de mí, escapé, salí, corrí lejos de España, no podía quedarme y tenerte ahí. Esa es la verdad Ana, lo siento, pero esa es la verdad.

Juana mira el reloj que marca las nueve horas y cincuenta minutos.

Ya casi es la hora hija mía, aquí es cuando tú te vas para siempre, aquí es donde te veo por última vez en mi vida. Date prisa, apúrate que pronto va estallar todo. No te demores y cuidado con la explosión.

Sofía la mira desconcertada. Juana se le acerca, la abraza llorando y la besa en la boca. Luego acerca su rostro a la mantilla rosada y también la besa.

Sofía se dispone a salir; tiene la intención de decir algo pero no puede emitir palabra.

Antes de que Sofía termine de salir.

JUANA

¡Gracias! ¡Muchas gracias! Eres una buena niña. Tu madre ha hecho un muy buen trabajo contigo.

Sofía sale conmovida.

Juana va hasta el reloj antiguo de pared, lo abre y detiene su péndulo.

Lentamente se dirige a la mecedora y se sienta. Ella está más agitada que nunca.

Da el primer empujón hacia atrás, para que la mecedora se hamaque, y en ese momento una explosión invade el lugar y revienta los cristales de las ventanas. La nube de polvo oscurece todo. El televisor enciende y transmite un telediario argentino que informa acerca de la explosión de la AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina) ocurrida el dieciocho de julio de mil novecientos noventa y cuatro, a las nueve y cincuenta y tres de la mañana, en la filial de la calle Pasteur al seiscientos treinta y tres del barrio de Once de la Ciudad de Buenos Aires. Las imágenes muestran los escombros, la gente ayudando a retirarlos para encontrar sobrevivientes heridos, camillas con cuerpos, las ambulancias, los cronistas informando lo ocurrido, etc.

El televisor corta abruptamente.

Orfandad

El polvo se asienta y la luz de un nuevo día entra por las ventanas, ahora sin cristales. Se ve un espacio desordenado, con objetos esparcidos por el suelo.

Juana ya no está.

Sofía ingresa por la puerta de calle y mira el estado del lugar. Luego comienza recoger las cosas tiradas en el suelo. Ella está vestida con ropa de la década del setenta, el atuendo de su madre que llevaba antes, solo que ahora está raído y sucio. Suena el teléfono. Sofía corre a atenderlo.

SOFÍA

¡Hola! ¡Hola mamá!... Aquí estoy, lo siento, lo siento, no he podido comunicarme antes... Todo ha sido un caos... Si mamá me encuentro bien... Lo siento mamá, no he podido comunicarme antes... La línea debe haber estado averiada, mamá... Pues sí, lo son. He estado ayudando... Me encuentro bien, no me ha pasado nada... ¡Tranquilízate mamá! Aquí explotaron los cristales y todo ha quedado por el suelo. Yo justo había salido, la abuela insistió... Lo siento mucho, mamá...

Juana atraviesa la escena por detrás de las ventanas, lentamente.

Pues se ha ido. La encontré en su mecedora, ahí quedó como dormida, no creo que haya escuchado la explosión... Lo siento mamá... Ya me estoy ocupando de todo, Rosa me echará una mano, tú no te preocupes... Por ahora no volveré, me quedaré en casa de la abuela... Trataré de reconstruirme, aquí... Cualquier lugar en el mundo puede ser peligroso, sé que me comprenderás. Lo sé. Te mando un beso mamá. Te llamaré mañana.

Sofía cuelga el teléfono. Recorre con la mirada el salón de su abuela, devastado y desordenado. Luego mira su reloj de pulsera para poner en hora el reloj antiguo de pared, finalmente acciona el péndulo del mismo.